

La Rana Roja



CUENTOS RETOCADOS

Nadie como Martín Luis Guzmán.(1887-1977) para contarnos hechos de armas. Con el arreglo que le hicimos, la fiesta de las balas adquiere una vigencia feroz.

5. La fiesta de las balas.

Atento a cuanto decían de Heriberto Lazcano (a) El Lazca y sus Zetas, y a cuanto veía a mi alrededor, a menudo me preguntaba en Ciudad Juárez qué hazañas serían las que pintaban más a fondo al Cártel del Golfo: si las que se suponían estrictamente vandálicas, o las que se calificaban de legendarias; si las que se contaban como algo visto dentro de la más escueta realidad, o las que traían ya tangibles con el toque de la exaltación poética, las revelaciones esenciales. Y siempre eran las proezas de este segundo orden las que se me antojaban más verídicas, las que, a mi juicio, eran más dignas de hacer memoria.

Porque, ¿dónde hallar, pongo por caso, mejor pintura de Rodolfo Fierro -y Fierro y los Zetas eran espejos contrapuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente entre sí- que en el relato que ponía a aquél ante mis ojos, después de una de los últimos encuentros, entregado a consumir, con fantasía tan cruel como creadora de escenas de muerte, las terribles órdenes del Lazca? Verlo así era como sentir en el alma el roce de una tremenda realidad cuya huella se conserva para siempre.

Aquella incursión, fecunda en todo, había terminado dejando en manos del Lazca no menos de diez toneladas de marihuana embalada y doscientos prisioneros. El Lazca mandó separarlos en dos grupos: de una parte los nacionales del Cártel de Sinaloa a quienes llamaba Chapos; de otra, los extranjeros ilegales bajados de un tren por los Zetas. Y como se sentía ya bastante fuerte para actos muy audaces, resolvió hacer un escarmiento con los prisioneros del segundo grupo, mientras se mostraba generoso hacia los otros. A los Chapos se les daría a elegir entre unirse a los Zetas o bien irse a sus casas mediante la promesa de no volver a meterse en negocios del narcotráfico. A los ilegales también les dio a elegir: entre volverse jornaleros agrícolas para el cultivo de la marihuana y de la amapola a sueldo del Cártel del Golfo o ser pasados por las armas antes de que oscureciese;

Incidente asombroso, los migrantes ilegales, en su mayoría salvadoreños, guatemaltecos y hondureños, se negaron a trabajar para los Zetas. Su meta dorada era pasar “al otro lado” y de no ser así, preferían morir ahí. Eran 67 en total; el Lazca, vista su tozudez, decidió eliminarlos.

Fierro, como era de esperar, fue el encargado de la ejecución, a la cual dedicó desde luego la eficaz diligencia que tan buen camino le auguraba ya en el ánimo de su jefe.

Declinaba la tarde. La gente mafiosa, tras de levantar el campo, iba reconcentrándose lentamente en torno del humilde pueblecito que había sido objetivo de la acción. Frío y tenaz, el viento de la llanura chihuahuense empezaba a despegar del suelo y apretaba los grupos de jinetes y de infantes: unos y otros se acogían al socaire de las casas. Pero Fierro -a quien nunca tuvo nada ni nadie- no iba a rehuir un airecillo fresco que a lo sumo barruntaba la helada de la noche. Avanzó en su camioneta “Bronco”. Llevaba el vidrio hasta abajo y el viento le daba de lleno en la cara, más él no trataba de evitarlo clavando la barbilla en el pecho ni levantando los pliegues del embozo. Mantenía enhiesta la cabeza, arrogante el busto, atento a los baches de aquel camino de grava. Nadie lo veía, salvo la desolación del llano y uno que otro sicario que pasaba a distancia. Pero él, acaso inconscientemente, daba cortos acelerones de modo que el motor hiciera ruido como para lucirse en un paseo. Fierro se sentía feliz: lo embargaba el placer de la victoria -de la victoria, en que nunca creía hasta no consumarse la completa derrota del enemigo-, y su alegría interior le afloraba en sensaciones físicas que tornaban grato el hostigo del viento y el rodar del vehículo después de quince horas de conducirlo entre los breñales persiguiendo Chapos y arreando extranjeros.

Sentía como caricia la luz del sol -sol un tanto desvaído, sol prematuramente envuelto en tormentosos y encendidos fulgores.

Llegó al corral donde tenía encerrados, como rebaño de reses, a los 67 ilegales condenados a morir, y se detuvo un instante a mirar por sobre las tablas de la cerca. Por aspecto, aquellos centroamericanos hubieran podido pasar por otros tantos mexicanos. Eran: chaparros los cuerpos, sobrias las carnes, cortos los cuellos, estrechos los hombros sobre las espaldas mustias y cansadas. Fierro consideró de una ojeada el pequeño grupo preso, lo apreció en su valor civil -y en su valer- y sintió una pulsación rara, un estremecimiento que le bajaba desde el corazón, o desde la frente, hasta el índice de la mano derecha. Sin quererlo, la palma de esta mano fue a posarse en las cachas de la pistola.

-Tarea, ésta -pensó.

Indiferentes a todo, los sicarios que vigilaban a los prisioneros no se fijaban en él. A ellos no les preocupaba más que la molestia de estar montando una guardia fatigosa -guardia incomprensible después de la excitación del combate- que les exigía tener listo el “Cuerno de chivo”, cuya culata apoyaban en el muslo. De cuando en cuando, si algún prisionero parecía apartarse, los soldados apuntaban con aire resuelto y, de ser preciso, hacían fuego. Una onda rizaba entonces el perímetro informe de la masa de los prisioneros, los cuales se desplegaban para evitar el tiro. La bala pasaba de largo o derribaba a alguno.

Fierro avanzó hasta la puerta del corral; grito a un sicario, que vino a descorrer las trancas, y entró. Sin quitarse el sarape de sobre los hombros echó pié a tierra. El salto le deshizo el embozo. Tenía las piernas entumecidas de cansancio y de frío: las estiró. Se acomodó las dos pistolas. Se puso luego a observar despacio la disposición de los corrales y sus diversas divisiones. Dio varios pasos hasta una de las cercas sin soltar la pistola. Sacó de la *pickup* algo que se metió en los bolsillos de la chaqueta, y atravesó el corral a poca distancia de los prisioneros.

Los corrales eran tres, comunicados entre sí por puertas interiores y callejones angostos. Del que ocupaban los migrantes, Fierro pasó, deslizando el cuerpo entre las trancas de la puerta, al de en medio: en seguida al otro. Allí se detuvo. Su figura, grande y hermosa irradiaba un aura extraña, algo superior, algo prestigioso y a la vez adecuado al triste abandono del corral. El sarape había venido resbalándose del cuerpo hasta quedar pendiente apenas de los hombros: los cordoncillos de las puntas arrastraban por el suelo. Su sombrero, gris y ancho de ala, se teñía de rosa al recibir de soslayo la luz poniente del sol. Vuelto de espaldas, los centroamericanos lo veían desde lejos, a través de las cercas. Sus piernas formaban compás hercúleo y destellaban; el cuerpo de sus mitasas brillaba en la luz del atardecer.

A unos cien metros, por la parte exterior a los corrales, estaba el jefe de los sicarios encargado de los prisioneros. Fierro lo vio y le indicó a señas que se acercara. El hombre caminó hasta el punto de la cerca más próximo a Fierro.

Éste caminó hacia él. Hablaron. Por momentos, conforme hablaban, Fierro fue señalando diversos puntos del corral donde se encontraba y del corral contiguo. Después describió, moviendo la mano una serie de evoluciones que repitió el jefe de los sicarios como con ánimo de entender mejor. Fierro insistió dos o tres veces en una maniobra al parecer muy

importante, y el pistolero, seguro de las órdenes, partió corriendo hacia donde estaban los prisioneros.

Entonces tornó Fierro al centro del corral, atento otra vez al estudio de la disposición de las cercas y demás detalles. Aquel corral era el más amplio de los tres y, según parecía, el primero en orden -el primero con relación al pueblo-. Tenía en dos de sus lados sendas puertas hacia el campo: puertas de trancas más estropeadas -por mayor uso- que las de los corrales posteriores, pero de maderas más fuertes. En otro lado se abría la puerta que daba al corral inmediato, y el lado último no era una simple cerca de tablas, sino tapia de adobes, de no menos de tres metros de altura. La tapia mediría como sesenta metros de largo, de los cuales veinte servían de fondo a un cobertizo o pesebre, cuyo tejado bajaba de la barda y se asentaba, de una parte, en los postes, prolongados, del extremo de una de las cercas que lindaban con el campo, y de la otra, en una pared, también de adobe, que salía perpendicularmente de la tapia y avanzaba cosa de quince metros hacia los medios del corral. De esta suerte, entre el cobertizo y la cerca del corral próximo venía a quedar un espacio cerrado en dos de sus lados por paredes macizas. En aquel rincón el viento de la tarde amontonaba la basura y hacía sonar con ritmo anárquico, golpeándolo contra el brocal de un pozo, un cubo de hierro. Del brocal del pozo se elevaban dos palos toscos, terminados en horqueta, sobre los cuales se atravesaba otro más y desde éste pendía una garrucha con cadena, que sonaba también movida por el viento. En lo más alto de una de las horquetas un pájaro grande, inmóvil, blanquecino, se confundía con las puntas torcidas del palo seco.

Fierro se hallaba a cincuenta pasos del pozo. Detuvo un segundo la vista sobre la quieta figura del pájaro, y, como si la presencia de éste encajara a pelo en sus reflexiones, sin cambiar de expresión, ni de postura, ni de gesto, sacó la pistola lentamente. El cañón del arma, largo y pulido, se transformó en todo un dedo de rosa a la luz poniente del sol. Poco a poco el gran dedo fue enderezándose hasta señalar en dirección del pájaro. Sonó el disparo -seco y diminuto en la inmensidad de la tarde- y el ave cayó al suelo. Fierro volvió la pistola a la funda.

En aquel momento un pistolero, escalando la cerca, saltó dentro del corral. Era el asistente de Fierro. Había dado el brinco desde tan alto que necesitó varios segundos para erguirse otra vez. Al fin lo hizo y caminó hacia donde estaba su amo. Fierro le preguntó, sin volver la cara:

- ¿Qué hubo con éstos? Si no vienen pronto, se hará tarde.
- Parece que ya vienen ay -contestó el asistente.
- Entonces, tú ponte allí. A ver, ¿qué pistola traes?
- La que usted me dio, mi jefe. La *mitigüeson*.
- Sácala pues, y toma estas cajas de parque. ¿Cuántos tiros dices que tienes?
- Unas quince docenas, con los que he arrejuntado hoy, mi jefe. Otros hallaron, yo no.
- ¿Quince docenas?... Te dije el otro día que si seguías vendiendo el parque para emborracharte iba a meterte una bala en la barriga...
- No, mi jefe.
- No mi jefe, qué.
- Que me embriago, mi jefe, pero no vendo el parque.

-Pues cuidadito, porque me conoces. Y ahora ponte vivo para que me salga bien esta ancheta. Yo disparo y tú cargas las pistolas. Y oye bien esto que te voy a decir: si por tu culpa se me escapa uno siquiera de los ilegales, te acuesto con ellos.

-¡Ah qué mi jefe!

-Como lo oyes.

El asistente extendió su frazada sobre el suelo y vació en ella las cajas de cartuchos que Fierro acababa de darle. Luego se puso a extraer uno a uno los tiros que traían en las cananas de la cintura. Quería hacerlo tan de prisa, que se tardaba más de la cuenta. Estaba nervioso, los dedos se le embrollaban.

-¡Ah, que mi jefe! -seguía pensando para sí.

Mientras, tras de la cerca que limitaba el segundo corral fueron apareciendo algunos ayudantes de la escolta. Se distribuyeron a lo largo de las dos cercas restantes.

Fierro y su asistente eran los únicos que estaban dentro del corral: Fierro, con una pistola en la mano y el sarape caído a los pies; el asistente, en cuclillas, ordenando sobre su frazada las filas de cartuchos.

El jefe de los sicarios entró por la puerta que comunicaba con el corral contiguo y dijo:

-Ya tengo listos los primeros ocho. ¿Te los suelto?

Respondió Fierro:

-Sí, pero antes entéralos bien del asunto: en cuanto asomen por la puerta yo empezaré a dispararles; los que lleguen a la barda y la saltan quedan libres. Si alguno no quiere entrar, tú métele bala.

Volvióse el jefe por donde había venido, y Fierro, pistola en mano, se mantuvo alerta, fijos los ojos en el estrecho espacio por donde los ilegales iban a irrumpir. Se había situado bastante próximo a la valla divisoria para que, al hacer fuego, las balas no alcanzaran a los migrantes que todavía estuviesen de lado de allá: quería cumplir lealmente lo prometido. Pero su proximidad a las tablas no era tanta que los prisioneros, así que empezase la ejecución, no descubriesen, en el acto mismo de trasponer la puerta, la pistola que les apuntaría a veinte pasos. A espaldas de Fierro el sol poniente convertía el cielo en luminaria roja. El viento seguía soplando.

En el corral donde estaban los prisioneros creció el rumor de voces -voces que los silbos del viento destrozaban, voces como de vaqueros que arrearan ganado-. Era difícil la maniobra de hacer pasar del corral último al corral de en medio a los 67 hombres condenados a morir en masa; el suplicio que los amenazaba hacía encrespase su muchedumbre con sacudidas de organismo histérico. Se oía gritar a los sicarios, y, de minuto a minuto, los disparos de pistola recogían las voces, que sonaban en la oscuridad de la tarde como chasquido en la punta de un latigazo.

De los primeros migrantes que llegaron al corral intermedio un grupo de sicarios segregó ocho. Los pistoleros no bajaban de veinticinco. La emprendían a culatazos sobre los presos para obligarlos a andar; les apoyaban contra la carne las bocas de las armas.

-¡Pendejos! ¡Jijos de la rejija! ¡Ora vamos a ver qué tal corren y brincan! ¡Eche usté p'allá, pendejo!

Y así los hicieron avanzar hasta la puerta de cuyo otro lado estaban Fierro y su asistente. Allí la resistencia de los migrantes se acentuó; pero el golpe de las culatas y el cañón de las metralletas los persuadieron a optar por el otro peligro, por el peligro de Fierro, que no estaba a un dedo de distancia, sino a veinte pasos.

Tan pronto como aparecieron dentro de su visual, Fierro los saludó con extraña frase -frase a un tiempo cariñosa y cruel, de ironía y de esperanza:

-¡Ándenles, hijos: que nomás yo tiro y soy mal tirador!

Ellos brincaron como cabras. El primero intentó abalanzarse sobre Fierro, pero no había dado tres saltos cuando cayó acribillado a tiros por los pistoleros dispuestos a lo largo de la cerca. Los otros corrieron a escape hacia la tapia -loca carrera, que a ellos les parecía como de sueño-. Al ver el brocal del pozo, uno quiso refugiarse allí: la bala de Fierro lo alcanzó primero. Los demás siguieron alejándose; pero uno a uno fueron cayendo -en menos de diez segundos Fierro disparó ocho veces- y, el último cayó al tocar con los dedos los adobes que por un extraño capricho separaban en ese momento la región de la vida de la región de la muerte.

Algunos cuerpos dieron aún señales de vida; los sicarios, desde su sitio, tiraron sobre ellos para rematarlos.

Y vino otro grupo de ocho, y luego otro, y otro, y otro.

Las tres pistolas de Fierro -dos suyas, la otra de su asistente- se turnaban en la mano homicida con ritmo perfecto. Cada una disparaba seis veces -seis veces sin apuntar, seis veces al descubrir- y caía después encima de la frazada. El asistente hacía saltar los casquillos quemados y ponía otros nuevos. Luego, sin cambiar de postura, tendía hacia Fierro la pistola, el cual la tomaba casi al soltar otra. Los dedos del asistente tocaban las balas que segundos después tenderían sin vida a los centroamericanos; pero él no levantaba los ojos para ver a los que caían: toda su conciencia parecía concentrarse en la pistola que tenía en las manos, y en los tiros, de reflejos de oro y plata, esparcidos en el suelo. Dos sensaciones lo ocupaban en lo hondo de su ser: el peso frío de los cartuchos que iba metiendo en los orificios del cilindro y el contacto de la epidermis lisa y cálida del arma. Arriba, por sobre su cabeza, se sucedían los disparos con que su jefe se entregaba al deleite de hacer blanco.

El angustioso huir de los prisioneros en busca de la tapia salvadora -fuga de la muerte en una sinfonía espantosa donde la pasión de matar y el ansia inagotable de vivir luchaban como temas reales- duró cerca de media hora, irreal, engañoso, implacable. Ni un instante perdió Fierro el pulso o la serenidad. Tiraba sobre blancos movibles y humanos, sobre blancos que daban brincos y traspiés entre charcos de sangre y cadáveres en posturas inverosímiles, pero tiraba sin más emoción que la de errar o acertar. Calculaba hasta la desviación de la trayectoria por efecto del viento, y de un disparo a otro la corregía.

Algunos prisioneros, poseídos de terror, caían de rodillas al trasponer la puerta: las balas los doblaban. Otros bailaban danza grotesca al abrigo del brocal del pozo hasta que la bala los curaba de su frenesí o los hacía caer heridos por la boca del hoyo. Casi todos se precipitaban hacia la pared de adobes y trataban de escalarla trepando por los montones de cuerpos entrelazados, calientes, húmedos, humeantes: la bala los paralizaba también. Algunos lograban clavar las uñas en la barda de tierra; pero sus manos agitadas por intensa ansiedad de vida, se tornaban de pronto en manos moribundas. Y cayó el último.

Fierro caminó para encogerse al socaire del cobertizo. A los pocos pasos se detuvo y dijo al ayudante:

-Así que acabes, alcánzame.

Y siguió andando. El ayudante juntaba los cartuchos quemados,

Se acercó al garage. Sentado sobre una piedra, Fierro fumaba en la oscuridad. En las juntas de las tablas silbaba el viento.

-Saca la colchoneta y tiéndeme la cama –ordenó Fierro-; no aguanto el cansancio.

-¿Aquí en este corral, mi jefe?... ¿Aquí?...

-Sí, aquí.

Hizo el ayudante como le ordenaban. De la *pickup* bajó y tendió las mantas sobre el suelo, arreglando con el maletín una especie de cabezal. Minutos después de tenderse allí, Fierro se quedó dormido.

Pasaron seis o siete horas, los pequeños ruidos de la noche no conseguían despertar al señor de la muerte. La luna navegaba en el mar sin límites de su luz azul. Bajo el techo del garage Fierro dormía.

Al día siguiente los Zetas abrieron una fosa común y ahí arrojaron los 67 cadáveres. Algún tiempo después fueron descubiertos y se produjo un escándalo internacional que a Fierro no lo inquietó en lo más mínimo.

EL CLUB DE LOS GANDALLAS

TRES ESCRITORES QUE HAN MARCADO A ENRIQUE PEÑA NIETO

Por Monero Hernández

CHARLES SALICKENS



Famoso novelista irlandés, y el principal escritor de la era Gortariana. Fue el maestro del género literario conocido como **política-ficción**.

Entre sus ficciones más destacadas se encuentran *Cuento de Navidad* (también conocida como *Los errores de Diciembre*), *Historia de dos sexenios*, y la serie de cuentos fantásticos para no ver ni oír, llamada *México, un paso a la modernidad*.

También escribió otros libros, pero ahorita no recuerdo el nombre.

ELBAR ALLAN POPÓ



Gran escritora, recordada especialmente por sus cuentos de terror, y por otros libros inolvidables que ahora no recuerdo. Entre sus terroríficas obras, están *El pelele y el Panal* y *El sindicato delator*.

De la obra poética de Elbar Allan Popó, sobresale su poema *La chachalaca*, del que ofrecemos el siguiente fragmento:

*Miré al adefesio, sonriente
ante su grave y serio continente
y le comencé a hablar;
no sin un dejo de intención irónica:
“Oh, lideresa, oh venerable ave anacrónica,
¿cuándo dejarás la presidencia interpósita? ”
Dijo la chachalaca: “Nunca jamás ”.*

MOLIÈREIRA



Jean-Humberto Qué Poquelín, mejor conocido como *Molièreira* es uno de los grandes escritores de todos los tiempos, que tuvo que renunciar por la unidad del partido.
De él desataca el tartufo, el misántropo, y sobre todo, el avaro.
De los títulos de sus obras, no recuerdo ninguno.

>

OTRA VEZ LA CANTANTE DE RANCHERAS

Conaculta y la China Mendoza

René Avilés Fabila

Desde que el PAN se instaló en Los Pinos, la cultura oficial ha venido a menos, ha perdido dignidad y en lugar de crear un magno proyecto de política cultural, los dueños del Conaculta se concentran en ideas propias y arbitrarias, en glorificar a los ya glorificados por el antiguo régimen. Hace cincuenta años satiricé en una novela, *Los juegos*, al grupo que se hacía llamar *La*

Mafia, enaltecido en un libro de Luis Guillermo Piazza. Eran los dueños de la cultura oficial y de los medios de comunicación. Sus nombres son los mismos que hace unos días se reunieron, los vivos y los muertos, en Bellas Artes, como si el tiempo no hubiera transcurrido. Era el PRI de la cultura: ellos decían quién valía y quién no. Lo curioso es que ninguno recordó sus deudas y compromisos con la *dictadura perfecta*. Fueron, por ejemplo, apologistas de Luis Echeverría y hasta trabajaron para él. El presidente respondió con premios, reconocimientos y cargos diplomáticos. Carlos Fuentes fue embajador en Francia. Más adelante, Fernando Benítez lo fue en República Dominicana y entre sus trabajos está una larga entrevista apologética a Carlos Hank González. Allí estaban, pues, vivos y muertos, los mismos de siempre. Por eso digo que México, visto desde fuera, no tiene media docena de autores valiosos.

Había algunas diferencias, aparte de la edad: José Emilio Pacheco, por regla general tímido profesional, la emprendió contra Peña Nieto más por solidaridad con Fuentes que para exhibirse como crítico de la ignorancia del priista. En esos mismos días, Pacheco accedió a retratarse con Mario Delgado, tampoco afamado por su cultura, y prestigiarlo: es el candidato de Ebrard al GDF. Ambos sonreían y el primero festejaba su salida del clóset del retraimiento. Total, tiene ya todos los premios desde los reconocimientos del priismo hasta los del PRD y del PAN.

Consuelo Sáizar estaba regocijada, rodeada de los hombres más poderosos de la cultura nacional. No se le veía desconcentrada como cuando Fernando Vallejo dio sus puntos de vista contrarios a los presidentes panistas en Guadalajara. Viaja por todos lados segura de que gane quien gane (así lo afirma en público), conservará el cargo merced a su buena amistad con Elba Esther Gordillo. La lista de cuestiones criticables a su deplorable gestión, es más vista en las redes sociales que en los medios tradicionales que suelen ser cautelosos ante su violento carácter. Mi trato con ella es casual. Supe de su existencia cuando llegó al Fondo de Cultura Económica por sobre un escritor afamado y talentoso, Gonzalo Celorio. Alguien me la presentó y ella reaccionó con dosis de mal humor y muecas de desagrado. Ignoro por qué y no me interesa saberlo.

Ahora, apoyada por un mandatario de escasas luces culturales (como todos los políticos actuales), Conaculta edita el libro de una persona apenas conocida que justamente lleva como título el muy famoso, de origen popular, utilizado por María Luisa Mendoza: *Ojos de papel volando*, una obra bella y exitosa que editara Joaquín Mortiz y que hace poco reeditó Porrúa, con prólogo mío. Eso se llama plagio de parte de la autora e ignorancia de los burócratas del Consejo. ¿Qué hará la China Mendoza? ¿Demandarla a ella y a sus editores? En México no es fácil. Aún así, es indignante la ignorancia o mala fe de la burocracia cultural.

Sabemos que en el Conaculta existen criterios personales para llevar a cabo homenajes, reconocimientos y entrega de becas. No es un problema de talento, lo es de cercanía con Consuelo Sáizar, quien avasalla todo lo que Calderón en su infinita ingenuidad le entregó. No hay política cultural: hay odios y amores, ignorancia y perversión. Por fortuna, no será la burocracia cultural y educativa la que decida quién tiene méritos artísticos. La majadería, el robo a la China Mendoza será olvidado ante su enorme talento literario.

www.reneavilesfabila.com.mx

www.recordanzas.blogspot.com



EL RINCÓN DEL POETA SATÍRICO

LOS DIVINOS DIVOS

Hablar de mi pueblo, es decir pobre gente.
 Los halcones, sardos y gendarmes
 lo están hollando.
 El caballero águila,
 leopardo y pantera
 presos y enterrados
 en la selva de cemento y varilla corrugada.
 A los hombres del campo les tienen
 atadas sus ideas del cerebro
 cubiertas con tierra y cizaña.
 Su bosque de diáfanas palabras
 perdidas en el ocaso del desierto,
 en el campo el tenor del teponaxtle
 está con su pátina apolillado
 no levanta más al cielo
 el ciclón de filosos cantos.
 Sus ideales enterrados
 entre milpas y muros de infinito.
 En la selva de concreto
 las hormigas se pisan las unas a las otras,
 los vehículos de acero moldeado

en el asfalto las aplasta,
despiden monóxido de carbono
y los induce a la violencia.
Los árboles cansados
con el aire enrarecido se asfixiaron
y el empleado mal remunerado
no termina su trabajo;
lo urbano como masa viscosa
se va extendiendo en el campo.
Las fábricas de acero en movimiento
producen más acero,
atraen al campesino
como el azúcar a las moscas,
la marabunta masa humana devora su alimento
y el agua despilfarra,
bañándose en océanos de miseria.
Los obreros se introducen
en la montaña de acero
a alimentarla y a cuidarla con esmero
donde producen más acero,
mientras en un rincón espera:
la araña fumando puro,
meciéndose en su propia telaraña
aguardando nuevas cifras que se irán al extranjero.
Huitzilopochtli,
se ha olvidado de su raza,
su cara adusta de hombre fiero
se ha tornado delicada,
rodeado de halcones,
sardos y gendarmes,
a los que ordena lancen
sus saetas a obstaculizar
la democrática elocuencia del aliento
que en quejas y marchas de protesta
se derraman cada día.
Huitzilopochtli ya no quiere
sacrificios humanos,
ahora son los fajos de billetes
que verdean a su ambiente.
Pobre mamá patria,

lo están dejando seca, sus hijos adoptivos,
del D. F.
y pueblos chicos.

Roberto Reyes



CHISTES PUNZANTES

¡LA ENTREVISTA DEL MOMENTO!

¿Sr. Candidato, qué libro le ha marcado?

Hasta el momento ninguno, no les he dado mi número.

¿Sr candidato, cuál es su libro favorito?

He leído la Biblia, no toda, cuando llegué a la parte de no mentirás, no robarás y no matarás le perdí el interés

¿Sr candidato, es cierto que escribió usted un libro?

Sí, pero de momento no recuerdo el nombre del autor.

¿Sr. Candidato, ya leyó la Constitución?

No, me estoy esperando a que saquen la película

¿Sr. candidato, ya leyó “Cuando despertó el dinosaurio todavía estaba allí”?

De momento nada más la portada, pero espere ¿no me estará echando usted indirectas verdad?

¿Sr. candidato cuántos libros ha leído?

¿Las cartas de los restaurantes cuentan como libros?

¿Sr candidato quién asistirá a la imposición del doctorado Honoris causa que le entrega el rector Divo Narro?

Hasta el momento los anfitriones han confirmado a José Luis Borgues y a la Rabina Gran Taghore, todo un honor para mi.

¿Sr candidato, quiénes son sus autores preferidos?

Me gusta la obra de Gael García Márquez, aunque también he leído algo de Martin Burguer King.

¿Sr. Candidato.me puede mencionar tres libros?

Si, claro, la libró Montiel, la libró Mario Marín y la libró Moreira.

¿Sr. Candidato,ha leído algo sobre cultura china?

Si, creo que se llama la sección amarilla.

¿Sr. Candidato, cuáles son sus libros de cabecera?

No me acuerdo, es que se perdieron en un hueco de la cama.

¿En caso de ganar quiénes la acompañarán en su gabinete en el tema de cultura y de educación?

Verá usted, para CONACULTA he pensado en Ninel Conde y para la SEP en la profa. Gordillo.

En la presentación del libro del candidato nos informan que ha roto un record: Ha escrito más libros de los que ha leído.

Los libros preferidos del candidato:

¿Quién se ha robado mi seso?

La Cabaña del tío Arturo

La insoportable levedad del gel

El candidato no tiene quién le sople

Sin televisa no hay paraíso

Los intocables de Ulises Ruiz, prólogo Mario Marín

No le regales tu voto, mejor regálale un libro, aunque no lo lea.



AVISO

Un amigo de la Rana Roja se tomó el trabajo de cargar en www.morula.com.mx y poner a disposición de cualquiera la novela El Címbalo de Oro (Cofradía de lectores la Tinta Indeleble, México, 2001) , la obra satírica mayor de Gonzalo Martré agotada desde hace 9 años.

Faltan 340 días para que esta cerda sea echada a patadas de su chiquero.



DIRECTORIO

DIRECTOR GENERAL: Juvenal Bardamu

Subdirector: Gonzalo Martré

CONSEJO EDITORIAL: Novo, Leduc, Tablada, Gómez de la Serna, Apuleyo, Juvenal, Celine, Bierce, Quevedo, Nikito Nipongo, Petronio y demás cuadernos...

COLABORADORES: René Avilés Fabila, Orlando Guillén, Francisco de la Parra de G., José Luis Ontiveros, Juan Cervera, Félix Luis Viera, Fernando Reyes, Lucero Balcázar, Laszlo Moussong, Edgar Escobedo Quijano.